Ex Libris

Russell Perry Sebold, III

FL DRPS FA/0448
D 500763331

EL SOLITARIO.

EL SOLITARIO DESGRACIADO, ó AMOR É INFORTUNIO.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ISIDORO GIL.

MADRID Y OCTUBRE de 1831.
Imprenta, *calle del Amor de Dios, núm.* 14.

PRÓLOGO.

¿Cómo podré encomiar con un largo prólogo una tan corta novelita, la cual tal vez los lectores instruidos hallarán desprovista de mérito é interés? ¿Acaso deberé por medio de arrastradas pruebas, y promesas falaces, querer arrancar antes de su lectura la aprobacion de mi empresa, y el aplauso no merecido? No: lejos de tenerlo como un deber, jamás lo he pensado así; bien que tampoco tengo sobre que fundar esa loca vanagloria que otros mil habrán

fundado con razon. Mi solo anhelo al presentar al público esta breve obrita, no destinada para este lugar, ha sido darle una prueba sino de mi mérito ó conocimientos, pues carezco de estas prendas, del ardiente deseo de adelantar en esta escabrosa senda, que siempre me ha acompañado desde mis mas tiernos años. Por eso lejos de elogiarla á los ojos del público, reclamo toda su indulgencia y bondad para con un jóven que si no ha logrado su intento en tan corto diseño al menos no ha pretendido alucinarle.

EL SOLITARIO DESGRACIADO,

ó

AMOR É INFORTUNIO.

En la aldea de Surrey, al pie de una vasta colina coronada de frondosos álamos y elevados llorones, cuyas ramas pendientes hácia la tierra parecen ocultar los troncos de

donde dimanan, y cuya multitud forma una masa informe de verdor; si se mira desde lejos, se observa una choza medio arruinada, construida de gruesos troncos, y como oculta por el espesor de los árboles vecinos. Su esterior rodeado de yedra le dá un aspecto triste con la sombra que le prodigan dos palmeras crecidas y colocadas al lado de aquella sencilla habitacion. Un sinnúmero de llorones, dispuestos á los lados de las palmeras encorvando sus ramas unas sobre otras, coronan el cúspide de la choza.

Detenido en aquella aldea por una imprevista casualidad, salí á dar

un paseo, y mis pasos sin saber cómo me guiaron á aquel sitio. Su vista me infundió una especie de respeto y veneracion, que al paso que oprimia mi espíritu, parecia convidarme á disfrutar de aquel parage donde toda la naturaleza figuraba haber cambiado enteramente. Fatigado por los ardores del sol y el largo trecho que habia caminado, no dudé en sentarme en una especie de poyo formado de troncos y cubierto de césped: lo verifiqué realmente; pero no hacía mucho tiempo que estaba en aquel sitio, cuando una puerta que yo no habia advertido en la choza se abrió de pron-

to y me dejó ver un venerable anciano. Su porte magestuoso y grave, su barba blanca como la nieve, igualmente que su cabellera, me inspiraron una confianza respetuosa. Levantéme de mi sitio, saludéle, y me encaminé hácia él alargándole la mano: hombre, cualquiera que seas, me dijo dándome la suya, tus acciones me hacen te observe con tranquilidad, y tu semblante sereno aleja de mi pecho todas las sospechas que pudieran contristarle al verte en este parage. Sí, le contesté, tranquilizaos, la casualidad me ha conducido á él, y rendido del cansancio, me he atrevido á disfru-

tar de la benéfica sombra de estas elevadas palmeras: de esas palmeras, sí, sí, continuó el anciano mirándolas con el tono del dolor, ellas han sido plantadas por manos virtuosas y benéficas, y no pueden menos de respirar beneficencia; pero vos estais cansado, entrad, entrad en mi gruta, y en ella podreis tomar algo con que reponeros. Condújome por el brazo dentro de ella. ¡Qué placer y compasion produjo su vista en mí! Una hamaca suspendida y sujeta á dos troncos del edificio, un viejo y destruido banco, y una mesa compañera á él, que contenia la efigie de un crucifijo, eran

los principales muebles de mi venerable huésped. Sacó este de unas alforjas un poco de queso, pan, y unas bellotas, y colocándolo todo en la mesa, me dijo con la mayor amabilidad. Tomad, buen estrangero, comed esos manjares no delicados, y quizás ingratos á vuestro paladar, únicos que os puedo dar actualmente. ¡Ah! en otro tiempo yo os hubiera recibido con mas magnificencia á mi mesa, y enmedio de mis hijos hubiérais disfrutado de la dicha que yá para siempre huyó lejos de mí; pero tomadlos, tomadlos os suplico, pues aunque para vos sean mezquinos, la vo-

luntad con que os los presento iguala á los mejores dones. Díle gracias por su bondad, y le insinué que tenia una sed devoradora. Levantóse y me presentó un vaso de cristal tallado bastante bien trabajado, y de una forma muy graciosa que parecia no corresponder á lo demas de la choza.

Bebed en este vaso, me decia, reprimiendo unas lágrimas que en vano se esforzaba en ocultar, y tened la satisfaccion de haber acercado vuestros labios adonde los acercó muchas veces una muger hermosa, mas cándida y sencilla que la misma paloma.

Despues de haberlo efectuado le contesté, fijándole directamente: gran satisfaccion es por cierto, y si á estas prendas se reune la de haber sido feliz.... Feliz.... ¡Ah! no conoceis su suerte.... Decídmela, amigo mio, proseguí con el mayor interés, vos estais afligido y no puede menos de tocaros en gran parte la historia de esa jóven, al parecer tan apreciable, yo os lo suplico por ella misma, pues parece que tan sensible os es su pérdida, que no diferais mas en participarme vuestras penas.

La persona á quien invocais y la nobleza de vuestra fisonomía me

determinan á daros gusto, aun cuando habia jurado no volver á abrir las profundas heridas de mi alma: salgamos fuera de este sitio, y al lado de las dos palmeras, bajo las cuales reposan las cenizas de unas prendas cuya grata memoria atormentará siempre mi infortunado espíritu, satisfaré vuestros deseos.

Salimos de la choza, y deteniéndonos en el lugar donde yo me habia colocado anteriormente, el anciano, despues de haber besado los troncos de las palmeras, se dirigió á mí, me obligó á sentar, y haciendo lo mismo empezó en estos términos.

Mi nombre es Brusten; soy na-

tural de una aldea distante muchas leguas de aquí. Mis padres, como igualmente todos sus ascendientes, lo eran tambien, y poseían en ella una grandiosa hacienda que despues fue mia. No os contaré ni mi infancia, ni la muerte de mis padres, ni mi casamiento con una jóven hermosa y modesta á quien amaba, pues nada de esto ha sido el objeto de mis desventuras. Solo empezaré desde aquel instante en que padre de una lindísima niña, amado de una muger no menos bella, y dueño de una hacienda mas que mediana, me encontraba el hombre mas feliz del universo.

Doce años hacía que tenia la dicha de ser padre y gozaba de estas felicidades, cuando un terrible accidente me privó de una de las prendas que mas amaba: mi muger, llamada Silvia, murió dejándome el desconsuelo de su temprana muerte, y el de no tener quien guiase los primeros pasos en la educacion de mi hija. Viudo, y careciendo de aquella amable compañera, lloré por largo tiempo con mi Elisa la muerte de su madre. El primer tiempo despues de aquel suceso fatal fue tan insoportable para mí, que apenas salia de mi casa mas que para revisar mis dominios. Mi solo recreo era con-

templar á aquel único resto de mi cariño, vivo retrato de Silvia.

Elisa, cuyo juicio y edad iban desarrollándose cada vez mas, presenciaba mis penas, y ponia todo su conato en disminuirlas. Ya me cantaba romances pastoriles que su misma madre la habia enseñado, ya me mostraba un precioso ramillete de olorosas flores, y me obligaba con sus ruegos á salir á cogerlas por mis propias manos en nuestros campos. ¡Ah! amigo mio, hubiéraisla visto á los catorce años abrazarme gozosa cuando condescendia á sus deseos, pues de ese modo conocia que distraía mi espí-

ritu, y juzgárais de su hermosura. Sin poseer aquellos modales estudiosos é incómodos de las educadas en la corte, atraía y ganaba el corazon de todos con su franqueza y jovialidad: no habia cosa, por buena ó mala que fuese, que la disgustase ó la pareciese bien, que no lo declarára conforme lo sentia. Modesta y sencilla cual ninguna, gozaba tambien de una belleza encantadora; un airoso talle compuesto sin ficciones, unos hermosos ojos azules dotados de toda la viveza y encanto posible, una boca pequeña ocupada siempre por una sonrisa agradable, y en fin, un conjunto de facciones á cual mas

finas y delicadas concurrian á hacerla mas hechicera. Su vista influia en mí con un dominio que me recordaba una muger idolatrada en todo semejante á ella.

Un dia que determinado por sus ruegos habia accedido, y salia con ella á pasear, despues de haberla visto correr tras las mariposas, con quienes podia disputar en candidez, cogió la rosa mas hermosa y fragante que vió, y dándomela, ten, padre mio, me dijo presentándomela, es la mas bonita que he hallado, y por eso te la ofrezco. La tomé, y díla las gracias. Despues de haber mostrado su alegría, continuó,

quisieras que nos sentásemos un poco.... estoy tan cansada.... Con efecto, su sangre agitada dejaba ver en sus megillas un color mas vivo que el de la fresca flor que me habia regalado. Condescendí con su gusto, y dándola el brazo me encaminé á un banco, en la sombra, donde nos colocamos. Sentóse ella, y puso inmediatamente la cabeza en mis rodillas para descansar. En tal situacion, sus grandes rizos de cabello castaño caían sobre su rostro y cuello, que blanco como la nieve, y naturalmente sonrosado, mostraba mucho mas este último color con la fatiga, y la hacía mas divina. ¡Oh!

graciosa criatura, dije entre mí al mirarla, tú eres amable y bella, plegue á Dios que encuentres un hombre digno de tí. Absorto en estas contemplaciones la observaba atentamente, cuando un nuevo motivo vino á sacarme de mi enagenacion.

Un gallardo mancebo, rubio como el oro, se dirige hácia nosotros precipitadamente, y arrojándose á mis pies dice: Señor, si sois piadoso venid, venid conmigo, ayudadme á volver á la vida á mi infelice madre. Sí, vamos, padre mio, responde Elisa levantando su cabeza de mis rodillas; mírale como llora,

debe estar muy afligido; sí, muy afligido por su madre como tú y yo lo estamos por Silvia: ven, ven, tú eres bueno, y no dejarás de compadecerte de este jóven. Despues dirigiéndose á él con su natural viveza, y agarrándole del brazo le decia: vamos, tú, dame la mano; yo quiero ir adonde está tu madre y decirla que no se muera como la mia, y te haga desesperar tambien como á nosotros de dolor. El jóven sobrecogido, y admirando su carácter, hace lo que le manda, y echan ambos á correr: seguíles muy de prisa, aunque no podia alcanzarlos, y á poco tiempo los ví entrar en una

cabaña. Avivé cuanto pude el paso, é hice lo mismo. ¡Qué espectáculo tan miserable y digno de compasion! Una muger anciana yacía enmedio de aquella tosca habitacion, acostada en un jergon, y cubierta de una mala manta, pronta á exhalar el último suspiro. Mi hija y el jóven cuando yo entré estaban alrededor de ella. Aquella apenas me vió dijo á la pobre anciana: mira, este es mi padre, no te mueras y hagas llorar á tu hijo; si te hace falta algo él es bueno y sensible y te dará todo lo que necesites, ¿no es verdad, padre mio?

Sí, sí, pero calla, ¿no ves que

atormentas á esta pobre muger? Procuré aliviar á aquella infeliz, y la pregunté el mal que padecia; pero ya era tarde para remediarlo. Me refirió con voz moribunda que una fuerte calentura la habia puesto á las puertas de la muerte, á pesar de los esfuerzos y esmero de su querido hijo. Paróse un poco á respirar con mucha dificultad, y conociendo que llegaba su hora.... amparadle, socorredle, señor, ya no le queda ningun auxilio en el mundo, dijo, y á poco instante espiró en mis brazos, entre las lágrimas y lamentos de mis hijos, pues desde aquel punto lo fueron los dos.

Urbano, así se llamaba el de aquella infeliz, al ver á su madre espirar quedó petrificado de dolor; parecia insensible á todo lo que le pasaba, y nos miraba á todos con horror y estupidez. Pasado aquel primer momento prorumpió en los ayes mas dolorosos, llamando á su madre con las espresiones mas cariñosas y queriendo arrojarse á ella. Yo se lo impedí, y con mucho trabajo pude arrancarle de aquel sitio. Mi hija sensible naturalmente lloraba tambien; pero á pesar de su llanto me ayudó á apartarle de allí, y hacía cuanto podia para aliviarle dándole hasta el tierno nombre de hermano.

Llegamos á mi casa, y en ella dí las disposiciones necesarias para que se hiciesen todas las ceremonias y diesen sepultura al cadáver de aquella anciana. Asistimos todos á su entierro, escepto Urbano, á quien yo se lo prohibí para no aumentar su desconsuelo, con la condicion que le dejaría ir todos los dias á rezar al mismo sepulcro y coronarle de flores. Verificóse todo con la mayor prontitud conforme lo deseaba, y al dia siguiente fuí yo mismo á mandar reparar y limpiar aquella arruinada choza, destinándola para ermita, la cual puede ser subsista todavía. A esta ermita concurrian

todos los dias mis dos amados hijos en cuanto aparecia el sol por lo alto de las montañas que rodean nuestra aldea, y pedian con la mayor devocion por sus difuntas madres.

Huérfanos los dos, y dotados de una misma candidez, no hay duda que sus súplicas llegarian al cielo, y el Ser Supremo que compadecia su juventud sencilla, quiso darles su verdadero amparo llevándoselos á sí.

Urbano, ademas de poseer todas las prendas de un arrogante jóven, gozaba de las mas bellas cualidades; su carácter era afable y dócil, aunque inclinado algo á la melancolía; sus procederes los mas rectos, y

sus pensamientos tan puros como los de mi hija. Criados de un mismo modo y con unos mismos gustos, parecia que habian nacido destinados el uno para el otro. Bien pronto conocieron ellos esto mismo.

Pasado bastante tiempo despues de la muerte de la madre de Urbano, el corazon de este jóven, desahogado, libre á nuevas impresiones, y anheloso por llenar el grande espacio vacío que en él quedaba, no le bastó para ello el reconocimiento y mi cariño. Otro poder mas dominante le arrastraba hácia sí. Se encontraba en la edad mas preciosa de la vida; en aquella fe-

liz edad en que son mas intensas y halagüeñas las pasiones, y en la cual el individuo, llevado por la ley de la naturaleza, busca una tierna compañera que le haga sentir, que le sirva de una dulce amiga, y que arrebatándole le estimule á grandes progresos. Urbano conocia la índole y gustos de Elisa, la contemplaba capaz de hacerle feliz, y la destinó en su interior para llenar aquel vacío. Ella sentia por él una viva inclinacion, que llamaba amistad verdadera, y un contínuo disgusto cuando le veía ausente. Si descubria en el campo alguna flor ó fruto hermoso y no encontraba otro

tan bello le traía, y dividiéndole en dos partes me decia: toma, esto es tuyo; yo bien hubiera querido dártele entero, pero Urbano se quedaria entonces sin él, y se enfadaría. ¡Ah! no quiera Dios que sea así; si se enfadase me desesperaria. Despues corria á buscarle y le entregaba la otra parte. Mi hijo adoptivo seguia su ejemplo; ya nos traía algun pájaro estraño, ó ya un hermoso ramillete, en el cual se hallaban en gran número las azucenas, que eran las flores predilectas de Elisa. Si esta tardaba en volver del campo, él se impacientaba y volaba á buscarla. Si por el con-

trario Urbano se detenia dirigiendo los trabajos, encargo que yo le habia destinado, ella estaba atormentada hasta que salia para ir á su lado ó le veía venir.

Yo conocia su naciente pasion: los ojos de ambos me la habian predicho; admiraba su puro amor, que mas bien parecia una amistad única, y me regocijaba en mi interior de ver que la fortuna, ó mas bien el Omnipotente, habia juntado aquellas dos almas sencillas impensadamente para hacer de ellas una sola, colmándoles de la felicidad mas completa. ¡Ah! y cuánto me engañé. ¿Quién me diria cuando

yo los veía á mi lado sentados debajo de un frondoso emparrado que cubria el cenador donde eran nuestras comidas, indagar en mis ojos mis pensamientos para ejecutarlos con la mayor presteza, que llegaría un dia en que solo y privado de su consoladora vista no hallaría á mi lado mas que sus tristes restos?....

Amigo mio, conozco que os importuno con estas digresiones, pero mi dolor no permite treguas á tan dulces memorias.

Su rostro alterado me daba compasion: bajó la cabeza por algun tiempo hácia su pecho, y permaneció así un corto instante: despues

levantándola y arrancando un profundo suspiro continuó.

Lejos de privarles de tan pura amistad me complacia en que cada dia se aumentase mas y mas. Urbano era un jóven con todas las prendas para hacer una muger feliz, y mi hija no podia menos de serlo con él. Aunque pobre y huérfano, yo me habia propuesto en cuanto tuviese la edad suficiente casarle con mi hija y dejarlos toda mi hacienda, disfrutando en su compañía un eterno descanso.

Todos los dias los dos tiernos amantes salian á pasear al rayar el alba por el campo. Allí en medio de

aquellos frondosos bosques, animados por la frescura de la mañana, corrian y gustaban de todos los encantos que ofrece la risueña primavera. A poco rato salia yo á buscarlos. En cuanto me descubrian volaban los dos á mí, disputando sobre cual llegaria antes, con unos colores mas vivos que los del mas fino carmin. Urbano que conocia la ventaja que él podia lograr sobre su adorada compañera, la dejaba disfrutar las mas veces del triunfo del alcance. Esta llegaba, me abrazaba, cogia del brazo á su amigo, y todos tres íbamos á beber leche á uno de los mas próximos rebaños.

La pasion de mi hijo adoptivo crecia por momentos. Ya tenia diez y ocho años, edad en que las pasiones van tomando mayor energía é incremento. Su corazon se hallaba terriblemente combatido, y no estaba sosegado sino al lado de Elisa: su mayor recreo era contemplarla ó hablarme de ella cuando no tenia la delicia de tenerla presente.

Una de las mas hermosas mañanas de nuestros paseos en que yo por acaso habia salido poco tiempo despues de ellos, me dirigí hácia el bosquecillo adonde mas comunmente solian acudir. Una gran hilera de árboles y hermosas lilas me

separaba ya únicamente para juntarme á ellos, cuando la voz de Elisa vino á detener mis pasos; paréme á escuchar lo que hablaba, y al través de una espesa mata pude ver y oir lo siguiente.

Urbano estaba apoyado á un tronco con los brazos y la cabeza inclinada: Elisa de rodillas á su lado triste al ver melancólico á su amigo, le preguntaba con el mayor cariño: —Urbano, ¿qué tienes? ¿te aflige algun mal? confíaselo á tu Elisa, le decia estrechando su mano entre las suyas. Urbano la miraba tiernamente. —Sí, querida Elisa, un mal terrible que no puedo

soportar. — Un mal ; ¿ y cuál es? ¿dónde está? pronto, dilo. — Aquí en el corazon. — ¿En el corazon? ¿y quién te le ha causado? — ¡Ay, amiga mia! me le ha causado la muger mas bella del mundo ; una pastora de nuestra aldea. — Una pastora, prorumpió ella cortada y triste. — Sí, la zagala mas donosa que tenemos ; sus ojos mas divinos y claros que el astro que nos alumbra, han infundido aquí en mi pecho un fuego inestinguible : si fuera posible que tú los vieras, no tardarias en sentir por ella una amistad tan viva como la que yo la profeso ; son azules como los tuyos, Elisa mia ; su

talle gallardo y airoso se parece mucho al tuyo ; su sonrisa, su mirar penetrante es en todo igual. Pero ¿qué tienes? ¿sentirias acaso que yo quisiese á esa zagala? — ¿Que si lo sentiria? ¡cruel! ¿con que pretendes dejarnos?.... ¡Ah, ingrato! ¿es ese el agradecimiento que tributas al cariño que te profesamos? Pobre Elisa : pobre Brusten, ya no tendrán quien los acompañe en sus placeres y los consuele en sus desgracias.... ¿Y es esa la amistad que me tenias? Acuérdate cuando fatigado del cansancio descansabas en mis brazos, y me decias : « amiga mia, antes que »te abandone venga la muerte á qui-

»tarme la existencia." ¡Cuán pronto has olvidado tus promesas! No, querido mio, no te marches, yo te querré mucho; mi padre hará lo mismo, y ambos procurarémos con todo esmero hacerte dichoso.... Pero ¡ay! tú no puedes serlo sin esa pastora; sí, vé, marcha con ella, búscala, sé dichoso y hazla feliz. Yo moriré de dolor y desdichada, pero contenta, pues veré que tú lo eres. Sus celestes ojos estaban inundados en lágrimas; estrechaba la mano de su amigo contra su seno, y le miraba con una dulzura aflictiva que enternecia. Urbano la cogió una de sus blancas manos y se la besó, llo-

rando tambien con un transporte inesplicable. — ¡Oh, amigo mio! dijo un poco mas serena viendo la espresion de aquel, tú podrás marcharte con ella; mas por mucho que te ame no te amará tanto como nosotros. — Pero, amada mia, yo no he dicho que queria dejarte, eso sería imposible; mi adorada es amiga tuya, sí, muy amiga..... Dime, Elisa, ¿te enfadarías si te dijese que esa pastora eres tú misma? — ¡Yo! ¿será cierto? dijo ella con suma alegría, pero no; si eso fuese así no dirias que yo te he hecho mal, pues sabes que siempre te he querido como á un hermano. — Como á un

hermano, repuso Urbano melancólico, ¿y nada mas? ¿no sientes por mí otro cariño mucho mayor? Mira, yo siento una inclinacion hácia tí, que cuando no estás presente mi corazon está triste por Elisa, y cuando lo estás tambien, porque teme perderte á cada momento. ¡Ay Dios! yo soy solo y pobre; tu padre habrá señalado puede ser algun otro poderoso que será tu compañero para toda la vida. — ¿Para toda la vida? no, eso es imposible; yo no puedo ni quiero mas compañero que tú y Brusten; si él quiere que yo elija otro, le diré que no, y como me ama tanto lo aprobará;

por lo demas si tú eres pobre yo soy rica, y te daré todo mi dinero, con tal que no me abandones nunca; si nos quedásemos infelices, yo sé muchas labores, y si no iré á guardar rebaños: trabajaré para que no te falte que comer. Con que dime, ¿es cierto que ya no nos dejas? — Yo, nunca, hermosa amiga, nunca, Urbano jamás pensó en abandonar á la compañera de su infancia. — Pues bien, dijo ella obligándole á levantar, ven conmigo, corramos á buscar á mi padre, yo le diré que no se canse en escogerme otro amigo, pues ninguno mas que tú lo puede ser.

Cogiéronse del brazo, y se dirigieron hácia mi casa; yo les salí al encuentro sin dar á entender que los habia escuchado. En el instante que me descubrió mi hija corrió á mí, me abraza y me pide con el mayor calor que no le busque otro amigo, que ella no quiere otro sino Urbano.

Despues siguiendo sus súplicas me decia, ya tengo diez y seis años y puedo gobernar una casa, cásame con él, yo cuidaré de los dos y no viviré mas que para vosotros. Vamos, sí, mira que triste está Urbano esperando tu respuesta; cree que por que es pobre y huérfano tú

no querrás que sea mi esposo, como si tú no me hubieses asegurado muchas veces que el hombre solo es rico por su honradez.

En efecto, mi pupilo estaba detrás de Elisa fija la vista en la tierra sin atreverse á levantar la cabeza para mirarnos. Compadecí su situacion y me dirigí á él.—Y tú, Urbano, ¿qué dices? —Yo, señor, replicó el jóven levantando el rostro, ¿qué he de decir? ¡Ah! perdonadme, yo no puedo vivir sin vuestra hija: conozco que he abusado de vuestra confianza, y que no debiera haber fijado mi vista en ella; pero en vano sería disimularlo: sí, la ado-

ro, y sin ella aborrezco mi vida. Si vos no aprobais este amor os abandonaré, iré lejos de ella y de vos á buscar una muerte segura, y procuraré de ese modo no turbar vuestro reposo.—No, no, tú no te irás, respondió inmediatamente Elisa; si tú te fueras me moriria de pesar: le asió despues de la mano, y presentándomele dijo. Acuérdate que su buena madre dijo al morir que hicieses su felicidad: ahora la puedes hacer, cumple sus súplicas, yo te lo ruego por Silvia. El sonido de la voz de mi hija se parecia tanto al de la persona que acababa de nombrar, que trayendo á mi memoria su imá-

gen me enterneció. Cojí una de las manos de Urbano, y apretándola á mi pecho, amigo mio, le dije, tu honradez y el amor que mútuamente os profesais mi hija y tú, me determinan á cumplir vuestros deseos: pero no os uniré tan pronto con aquellos lazos indisolubles, que sois muy jóvenes todavía para soportar; básteos saber que condesciendo á ellos, y en prueba de esto dame tu mano, Elisa, únela á la de Urbano.

Desde este punto le nombro tu esposo, y os echo mi bendicion. Prosigue como hasta aquí, hijo mio, y tú, Elisa querida, que si cuando hubiéreis cumplido las veinte primave-

ras no teneis otra inclinacion y continuais en vuestras máximas actuales, prometo desposaros en el mismo sitio donde murió tu madre, y haceros dueños de toda mi hacienda.

Los acerqué despues á mí, y los abracé con entusiasmo: Urbano admirado y agradecido se arrojó á mis pies y abrazó mis rodillas en sus transportes. Le alzé, dí el brazo á mi hija, y fuimos todos á nuestro cenador para desayunarnos.

Diez y ocho meses se pasaron así, rodeados de felicidades y dichas. Mis hijos se amaban cada vez mas, y se esmeraban en ver cuál de los dos podia agasajarme mejor y con

mas oportunidad. Yo gozaba del mayor sosiego, y mi alegría llegaba á lo sumo al observar el amor y juicio que se aumentaba cada vez mas en ellos. Deseaba, cual si fuera el mismo Urbano, que desapareciesen los dias rápidamente para unirlos y disfrutar de su gozo. Ya tal vez hubiera violentado mi promesa desposándolos, si un acontecimiento repentino no hubiese hecho desaparecer para siempre de mi lado la quietud y la dicha.

La Francia trataba de declarar la guerra á una nacion enemiga, y por todo el reino se hacian quintas con la mayor precipitacion. Nuestra

aldea fue uno de los sitios adonde llegó la órden tan repentinamente, que ninguno de nuestros vecinos tuvo lugar para precaverse. No os molestaré con el recito de cómo se efectúan estas suertes, pues todos las conocen; solo sí os diré que Urbano tuvo que entrar en ella, y que por su depravada estrella salió soldado.

Figuraos cuál sería nuestra situacion, cuando esperando de un momento á otro completar nuestra fortuna, recibimos aquel golpe mortal. Mi hija al principio creía que era un sueño todo cuanto nos pasaba, pero quedó inmóvil cuando

viendo entrar al mismo Urbano oyó de su propia boca que dentro de quince dias tenia que marchar. Pobre jóven... aun recuerdo el aire triste y taciturno con que se presentó ante nosotros; sus ojos estaban arrasados de lágrimas. ¡Oh, Dios mio! dijo fijándolos con grande espresion en el cielo: y ¿será preciso que abandone los dos objetos que mas idolatro en el mundo? ¿con que no podré pagar tantos beneficios como he recibido? Adorada Elisa, ya quizás tu amigo no te volverá á ver mas.

Yo confuso y afligido no sabia que decirle: mi hija cogia sus manos

y las regaba con sus lágrimas sin poder pronunciar una sola voz. Despues prorumpió en las mas amargas quejas, juró no dejarle partir, y se entregó á una horrible desesperacion.

A pesar de que mi afliccion no era menor que la de ellos, preveí lo futuro, y me esforzé á aparentar una serenidad que estaba muy remota de mi espíritu. Hice todo lo posible por consolarlos, señaladamente á mi hija que estaba fuera de sí, diciéndoles que pondria los mayores empeños para que Urbano no marchase de soldado, ni saliese de nuestra aldea. La demostré despues que todavía no habia cumplido la edad en que

debia ser su esposo, y que en este tiempo, dado caso que todos los medios fuesen nulos, podria ir con un grado distinguido que yo le conseguiria á defender su nacion honoríficamente, volviendo de ese modo á nuestros brazos como un buen vasallo que ha sido un valeroso militar. Pero la memoria de una pronta partida en una jóven acostumbrada á tener siempre á su lado las personas de su cariño, que la traía contínuamente á la imaginacion el abandono de una prenda sumamente querida, como ya lo era Urbano, los peligros de la guerra, los riesgos de las ciudades, y otro sinnú-

mero de ideas ocuparon de tal modo su corazon, que apenas dieron lugar á mis tiernas observaciones.

Por lo mismo me determiné á escribir á todos los sugetos que conocia mas distinguidos de la corte, con particularidad á uno que era íntimamente amigo, y que habia sido testigo alguna vez del amor de mis hijos. Le ponderé nuestro comun sentimiento, la desesperacion de Elisa, comprometiendo con mis ruegos su sincera amistad.

La primera respuesta de este fue muy contraria con mis deseos, pues me manifestaba la dificultad que habia en comprar un hombre, diciendo, que aun cuando así lo hiciésemos, el Rey necesitaba soldados para la próxima campaña, y sus generales no escusarian á pesar de esto que mi hijo ni otro alguno se eludiese de la ley. Dábame sin embargo algunas esperanzas, protestando que á la primer noticia favorable ó contraria me escribiria.

Los dos jóvenes entre tanto estaban inconsolables, y cada vez mas apasionados. Sentian acercarse el instante terrible, y se estremecian al considerarle tan próximo. Urbano pasaba la mayor parte del tiempo en el campo procurando de ese modo evitarnos con su presencia

la contínua memoria de su partida, y el tormento de ser testigo de sus lágrimas y tristeza. Elisa y yo salíamos á buscarle, y regularmente le encontrábamos sentado en tierra en lo mas oscuro é intrincado de un bosque con los brazos cruzados y la cabeza recostada sobre el pecho, de cuya postura no se movia hasta que oía nuestra voz. Entonces se levantaba como el que acaba de estar poseido de un éxtasis, y nos saludaba reprimiendo las lágrimas que á pesar suyo arrasaban sus megillas.

Elisa y yo marchábamos una mañana á buscarle al bosque en que la hizo su declaracion, que era el que

mas frecuentaba, y al tiempo de penetrar en él nos detuvo su voz que cantaba con aire melancólico la siguiente cancion:

A dios, bella pastora:
A dios, bien de mi vida:
A dios, que para siempre,
Privado de tu vista,
Se aleja de este suelo
Tu amor y tu delicia.
A dios, bosque frondoso,
En do mi bella amiga
Mi amor puro y sincero
Escuchaba benigna.
Sencillos habitantes
De esta vega florida,

Que feliz cual vosotros
Me vísteis algun dia.
Flores de aqueste campo,
Con las cuales tejía
Mil guirnaldas de amores
Para la sien de Elisa.
Cristalino arroyuelo,
Que manso te deslizas,
Y en bulliciosos saltos
Las plantas acaricias,
Que besan con anhelo
Tus plateadas linfas,
De mi amor compañeras,
Canoras avecillas,
Que con tiernos gorgeos
Celebrábais las dichas,
Y el nectar que gustábais

Con la adorada amiga,
En sus amantes picos
Cobrando nueva vida.
Cuando yo arrebatado,
Al par de mi querida,
Contemplaba amoroso
Su graciosa sonrisa,
Y aquel mirar divino
Que me encanta y hechiza.
Cuando en su casto seno,
Rendido de fatiga,
Sentia cuán activo
Su corazon latía.
¡Ay cuántas, cuántas veces
Mi mano divertida,
Sus ondulantes rizos
Traviesa deshacía.

Y cuántas adornólos
De su flor favorita!
¡Oh momentos felices!
El gozo y la alegría
Huyó de mí por siempre
Cual sombra fugitiva,
Y ya mi voz tan solo
Pronunciará afligida:
A dios, bella pastora:
A dios, bien de mi vida.

Apenas acabó de cantar, Elisa se arrojó en mis brazos diciendo: ¡ah padre mio! no le dejes marchar si no quieres que tu hija muera de pena; yo no puedo vivir sin él: ¡ay! al acordarme de su marcha el corazon

se me oprime de dolor, y no me deja respirar: sí, yo moriré, no lo dudes, moriré si llega á verificarse. Desprendióse de mí, corrió á Urbano que estaba arrasado en lágrimas y le abrazó enjugando su llanto. Este abrazo fue mas sencillo é inocente que el del hermano mas amado. Querido Urbano, le decia, no llores; tu marcha no se verificará, y si partes yo te acompañaré; iré á la guerra y me colocaré ante los golpes de tus enemigos. Dejéles el tiempo preciso para desahogar su afliccion, y despues valiéndome de la mayor dulzura pude sacarlos de allí y conducirlos á mi casa.

Ya habian pasado ocho dias despues de la respuesta de mi primera carta sin haber recibido la segunda contestacion prometida, y yo temblaba al considerar cumplido dentro de dos dias el plazo señalado. Mi mayor temor era por Elisa, que estaba sumamente desmejorada desde que recibimos la fatal noticia, y que parecia estar dispuesta á una terrible enfermedad si llegaba á esperimentar algun grado mas fuerte de sufrimiento.

Al dia siguiente salió temprano á dar un paseo por nuestros campos, que estaban sumamente hermosos y floridos; el cielo presentaba un as-

pecto magestuoso y un azul puro, solamente comparable con él mismo. Un suave ambiente dominaba en todo el espacio etéreo, que soplando blandamente purificaba cuanto le rodeaba. Todo nos prometia un dia feliz, y la esperanza de alguna nueva favorable, por ser dia en que aguardábamos carta, nos consolaba; pero ¡ay! ¡cuán horrible y diferente fue de lo que nosotros pensábamos! Elisa salió sola á distraerse con este consuelo. ¡Ojalá no hubiese salido, y tal vez la estrecharía en este instante entre mis brazos!

Urbano y yo nos preparábamos

á ir á buscarla para el desayuno, cuando un hombre que venia de París desbarató nuestra marcha. Salí á recibirle en el momento, traía carta de mi amigo, en la cual me decia que el dador se habia obligado por cierta cantidad á servir por Urbano, y que el generalísimo del ejército habia dado su permiso. Recibí á aquel sugeto como á un ángel benéfico: su edad era media, y segun su relacion supe que perseguido por la suerte, se habia enganchado en el ejército francés voluntariamente; que habiendo cumplido su tiempo, y echando menos la vida militar, se proponia volver á servir á su nacion.

Me presentó los papeles que acreditaban su honradez, su licencia y las proposiciones con que se habia ofrecido á volverse á enganchar, á las cuales accedí muy gustoso. Mi jóven hijo lleno de júbilo me abrazó, abrazó tambien á aquel hombre y salió corriendo á noticiar á su amada su felicidad. Imaginad cuál estaria yo: loco de satisfaccion abracé mil veces á aquel hombre honrado, y besé otras tantas la carta de mi amigo. Llamé á todos mis criados, los mandé preparar un espléndido almuerzo y les dije que inventasen todas las fiestas posibles, y que se divirtiesen como si fuera el dia único y mas her-

moso de mi vida. ¡Cuán distante estaba de eso!

Ya hacía dos horas que Urbano habia salido á encontrar á Elisa, y sin embargo ninguno de los dos parecia. El cielo antes claro y sereno se iba ennegreciendo de repente con una densa nube que ocupaba todo el horizonte, y nos impedia descubrir los rayos del sol. El estampido del trueno que resonaba á lo lejos; la claridad que brillaba de tiempo en tiempo en toda la region aérea, y el zumbido del viento que azotaba las altas y pobladas copas de los árboles, nos hacía precaver que una terrible tempestad es-

taba pronta á descargar sobre la tierra. Aquella mudanza repentina de la naturaleza sobrecogió un poco mi espíritu en medio de mi alegría, y me hizo admirar el poder del Omnipotente. De pronto el cielo se oscurece en tal grado que parece estar tocando la noche; el trueno estalla con continuado y repetido estruendo; el viento crece; los relámpagos se suceden con gran velocidad, y un copioso aguacero se precipita sobre nuestros campos. La ausencia de mis hijos me afligia: yo no sé que terror oculto se habia apoderado de mi corazon al observar aquel cambio que me presagiaba alguna desgracia. Bus-

qué á todos mis criados y salí con ellos y con el desconocido á buscarlos á los lugares donde mas comunmente concurrian. El agua nos anegaba y parecia aumentarse cada vez mas; fuimos al bosque favorito de Urbano, pero no hallamos ni aun rastro de huellas en la tierra húmeda: mi temor se aumentó con esto. En vano Javier, que era aquel hombre, procuraba animarme diciendo que mi miedo era infundado, y que quizá sobrecogidos por la tempestad se habrian refugiado en alguna choza; mi inquietud continuaba, y á pesar de la lástima que me inspiraban mis pobres criados calados de la lluvia,

aquel presentimiento arrostraba por todo.

Ibamos siguiendo nuestro camino, cuando tuvimos que detenernos porque un arroyuelo que pasaba por medio del bosque se hallaba en tal manera crecido que era imposible vadearle sin que nos llevase la corriente. Mandé á uno de mis criados que fuese otra vez á la granja á buscar cuatro caballos, y en tanto esperamos los demas debajo de los árboles mas corpulentos.

Ya sería la una de la mañana cuando el criado volvió con los caballos. La lluvia que una hora antes era horrorosa habia escampado al

presente, y solo seguia la oscuridad de las nubes y el ruido cada vez mayor de los truenos. Yo monté uno de los caballos, los demas se acomodaron en los otros y pasamos con bastante trabajo la corriente que ya iba disminuyendo. En cuanto la gané corrí á escape por los campos deteniéndome de rato en rato á observar si se sentian pisadas ó voz de persona; pero por todas partes reinaba un gran silencio: dividí mi cuadrilla por varios puntos, y solo Javier y otro criado fueron mi compañía. Seguimos siempre en balde nuestra ruta internándonos fuera de mi posesion. Mi sentimiento se aumenta-

ba sin saber por qué, pues segun las palabras consoladoras de Javier, mis hijos ya estarian en casa. Su dictámen me reanimó; hice alto, y á poco volví á dirigirme hácia la granja. Caminábamos conversando sobre la indiscrecion de mis hijos, y ya llevábamos la mitad de nuestro camino, cuando la jaca de Javier, que era la que mas queria Elisa, por ser muy bien formada y toda negra, apartándose de improviso de nosotros escapa sin poderla detener su ginete con direccion fuera de mis campos y hácia la derecha. Todos la seguimos; pero por pronto que esto fue, ya llevaba mucha ventaja, y

era casi imposible el alcanzarla. Mi caballo no obstante que era bueno y brioso consiguió en poco tiempo estar muy cerca de ella. En vano eran las voces y la fuerza del ginete para contener la jaca; su direccion era estrellarse contra la multitud de árboles que circundan la choza donde murió la madre de Urbano, que actualmente era *Templo de la Piedad* segun su hijo. Sucedió desgraciadamente lo que yo temia, y á pesar de Javier, su cabalgadura tropezó contra uno de los robles y cayó, aunque por fortuna sin lastimarse ninguno de los dos. Yo marché á socorrerle, pero unos gritos agudos que

pedian favor me hicieron cambiar de resolucion, y desmontando me interné en el bosque acompañado de mi amigo. Los gritos que cada vez se distinguian mas cerca helaron mi sangre, cuando reconocí que era la voz de Elisa. Vuelo á su socorro; todo está desierto; observo un poco, y oyendo nuevos gritos me hallo en un momento á la puerta del *Templo de la Piedad*. ¡Oh, nunca yo hubiera entrado ni conocido aquel templo para mí no de la piedad, sino del dolor!

La puerta estaba abierta: entro, y figuraos mi terrible desesperacion al ver salirme al encuentro á mi hi-

ja con el rostro y brazos horriblemente ensangrentados, que sin decir nada me arrastra de la ropa á ver un espectáculo mas horrible aun. El sensible y desgraciado Urbano tendido sobre la grada del altar, estaba en el último instante de su vida. Muero.... padre mio.... muero, pero contento, pues Elisa.... fue lo único que pronunció al verme, y dando un ay lastimoso espiró. ¡Qué espectáculo tan bárbaro y horroroso! Todo el pecho le tenia destrozado y hecho pedazos; un rio de sangre salia de su palpitante corazon, que se descubria claramente fuera de su sitio: su rostro estaba deshecho, y la barba

dividida en dos porciones. ¡¡¡Oh, qué horror!!! La mas intensa tribulacion se apoderó de mí, y caí sin conocimiento sobre el cuerpo de mi hijo.

Cuando volví de mi desmayo me hallé en mi cuarto sobre un sofá: pregunté por mi hija, y me respondieron friamente: —está descansando. —Todas las escenas horrorosas que poco antes habia visto se me volvieron á representar en la imaginacion, y corrí velozmente al cuarto de Elisa. Tres médicos estaban alrededor de su lecho, y ella se hallaba apoderada de un delirio mortal. Su celestial rostro estaba lleno de heridas, y eminentemente

inflamado. Al punto que la ví corrí á abrazarla, y ella en medio de su delirio gritaba: venid, venid, favorecedle, que le mata.... Escuché estas palabras atemorizado, y desprendiéndome de ella, llamé á los criados y les hize una infinidad de preguntas, á las cuales solo me pudieron responder, que Javier y algunos de ellos habian traido á Elisa y á mí entre sus brazos, que habia mandado buscar tres médicos, y que despues habia vuelto á salir á por Urbano.

Volví inmediatamente á la habitacion de mi hija; interrogué á los profesores, los cuales me contaron

lo siguiente, segun la relacion que la misma Elisa habia hecho á Javier.

Cuando Elisa salió á pasear se dirigió hácia el bosque de las lilas; estuvo allí bastante tiempo, y ya se preparaba para volver, cuando vió venir á Urbano, que con la mayor alegría la hizo sabedora de la venida de su libertador. Al punto que supo mi hija aquella feliz noticia, dá gracias á Dios por ella, y dirigiéndose despues á su amigo le suplica la acompañe al *Templo de Piedad*. Urbano lleno de amor accede á ello, y dándola el brazo se encaminan ambos hácia la cabaña. El cielo se ennegrecia; los truenos y relámpa-

gos se sentian con frecuencia, y mil rayos que cruzaban la atmósfera los hicieron ver la tormenta que se preparaba, y amedrentaron el corazon de mi hija. Mi pupilo la animaba con amoroso cuidado, y la hacía ver que aquello solo era un acto de la naturaleza casi tan natural como los dias serenos. Estrechados firmemente, caminaban por medio de una lluvia que parecia inundar la tierra. Urbano cubrió con su gaban á Elisa, que lloraba de temor; avivaron el paso, y á breve rato descubrieron la puerta de la cabaña: corre ella la primera y empuja la puerta aceleradamente; ábrese esta;

entra, pero vuelve á salir con precipitacion despavorida y gritando. Un lobo monstruoso la sigue, y quiere abalanzarse á ella, pero mi desventurado hijo se presenta á él y lo agarra del cuerpo por libertar á su amada. Aquella lucha desigual duró bien poco, la terrible fiera despedaza furiosa el cuerpo de su contrario, y haciendo poco menos con Elisa, que vino á ayudar á su amante, huye despues. Urbano herido mortalmente se levantó con gran trabajo á socorrerla, y dando dos pasos hácia el templo volvió á caer para no levantarse mas. Su desdicha-

da amiga le abrazaba, lloraba, pedia socorro, y rasgando sus vestidos procuraba contenerle la poca sangre que aun le restaba. Urbano viendo cerca la muerte la pide con voz doliente el crucifijo del altar, y la hace jurar que no será esposa de otro alguno en dejando él de existir. Despues le acerca á sus labios, y encomendándole su espíritu espera tranquilo reprimiendo sus dolores el último instante. A este tiempo se oye ruido de gente y de caballos; Elisa corre á la puerta, dá gritos, y viéndome me arrastra hácia aquel sitio fatal.

¡Cuál quedé al acabar de oir aquella horrorosa relacion! pero ¡ay! no era este todavía el fin de mis males. No solo Urbano era la víctima; dentro de dos dias lo mas tarde mi hija iria á acompañarle á la eternidad, segun el dictámen unánime de los tres profesores: sus heridas, acompañadas de la fuerte fiebre á que se habia entregado, hacían temer á cada instante su muerte. En vano eran las medicinas y vendages; el infeliz que se acercaba á ella era golpeado y lastimado con furor en su fuerte delirio, rasgándose ella misma sus profundas heridas.

*

En esta situacion permanecia yo cuando entró Javier. Me abrazó llorando, y despues de haberme referido su proceder durante mi desmayo, me dijo que acababa de traer el cuerpo de mi hijo. Salieron aquellos señores á examinarle, y ellos mismos se horrorizaron. ¡Pobre jóven! Sus labios lívidos y mortecinos estaban entreabiertos como para acabar de hablar. Supliqué á Javier que hiciesen todos los preparativos para darle sepultura, y me encaminé hácia el cuarto de mi hija derramando lágrimas. Al entrar en él mas calmada me conoció, y viéndome

llorar se levanta del lecho; grita, ¿dónde está? ¿dónde está Urbano? y corre fuera de la habitacion. Quiero detenerla; me despide de sí, y sale al sitio donde estaba el cadáver. Todos se oponen á su vista, y todos huyen á sus golpes frenéticos, dejándola libre. Llega donde estaba el cuerpo, y fuera de sí le mira con espanto; en seguida vuelve la vista á nosotros furiosa, y se arroja sobre su amante, dando lastimosos lamentos. Inútil fue nuestro empeño para apartarla de su lado; su resistencia obstinada y tenaz nos desconcertaba. De pronto vuelve á ob-

servar el rostro de Urbano, calla un instante, dá un terrible grito, y le estrecha contra el suyo no menos lacerado. Yo no pude sufrir mas aquel espectáculo que me partia el corazon; me acerque á ella, y abrazándola con dolor la dije: mi querida Elisa, ven, no quieras quitar la existencia á tu desdichado padre. ¡Mi padre!... dijo atendiéndome.... sí.... sí, vamos con el, ya pronto no le volveré á ver. Desprendíla fácilmente de allí, y entre todos la llevamos á su lecho. Desde entonces hasta que dió su espíritu gozó de una calma sobrenatural. Insensible á todo objeto,

solo lloraba cuando oía mi voz, y me llamaba con dulzura. La última vez que me vió me cogió una mano, y me la besó por dos veces vertiendo lágrimas. ¡Cuán diferente estaba del dia anterior!

Aquel rostro antes hermoso y lleno de gracias, ahora hinchado y cárdeno por todas partes, era horroroso y feo; la sangre reventada por varios puntos hacían aun mas dolorosa su vista.—Padre mio, me dijo, Dios me llama para ir con Urbano; perdona á tu hija, y ruega por ella: dicho esto cerró los párpados, quedándose con mi mano entre las su-

yas: yo la eché mi bendicion traspasado de dolor y seguí hablando; mas ¡ay! ella no me respondió; su alma habia volado á la region celeste á recibir el galardon debido á los justos. El sensible Javier me separó de aquel sitio, me condujo á casa de uno de los propietarios vecinos, y él mismo dirigió los preparativos para el entierro de mis hijos, que fueron colocados en una misma urna en la iglesia de nuestra aldea con toda magnificencia.

Yo aislado en el mundo, cansado de sufrir las vicisitudes de la suerte, y desesperado, resolví dejar mi pais

natal. Me separé de Javier, concluyendo el trato con él, que me aseguró vendria á unirse conmigo en cuanto cumpliese su licencia. Despedí mis criados, vendí toda mi hacienda, y partí hácia lo interior de la Francia. Me detuve en esta aldea, y paseándome un dia por aquí descubrí esta choza medio arruinada, y cuyo aspecto como el de todo el contorno me agradó. Me propuse fijarme en ella, y cediendo todo mi caudal á uno de los mas poderosos del pueblo, bajo una escritura en que se prometia devolvérmelo cuando fuese necesario, le pido lo pre-

ciso para mi subsistencia y para socorrer las familias infelices que se arruinan en estos contornos. Entré á tomar posesion de esta para mí deliciosa propiedad, y á poco tiempo escribí á mi pais, preguntando por Javier, quien vino pidiendo permiso á sus gefes, trayendo consigo la urna que contenia los restos de mis hijos: la colocó en este sitio, y plantó á sus orillas las dos palmeras que veis. Me acompañó hasta que se cumplió el plazo concedido, y marchó despues reiterando sus protestas de venir conmigo en cuanto cumpliese.

Aguardéle por varios años, pero para colmo de mis infortunios recibí la noticia de que habia muerto en una accion. Apenas sentí esta nueva que en otro tiempo me hubiera sido muy dolorosa, porque mis desgracias me han constituido en una especie de estoicismo, en cuya situacion espero vivir, sino dichoso tranquilo, rogando todos los dias al Todopoderoso en el sepulcro de mis hijos que se digne llevarme cuanto antes á su lado. Un aldeano me trae todo lo necesario diariamente, y así aguardo vivir hasta que llegue el dia feliz que me una á ellos.

Hé aqui, buen estrangero, la relacion de mis desgracias, que demuestran terriblemente la alternativa y contraste que ofrecen las cosas humanas, aun en medio de las mayores prosperidades.

Así acabó el anciano, y volvió á besar las palmeras. Sus desdichas y el acento con que las pronunciaba habian conmovido mi ánimo. Díle las gracias, y acercándome al sepulcro elevé mis manos al cielo, y supliqué tambien por aquellas dos virtuosas almas. Aquel desgraciado dirigiéndose en seguida á mí me hizo ver que la noche se acercaba, y me con-

vidó á entrar en la choza; yo se lo agradecí, y le manifesté que tenia precisamente que marchar, pues al dia siguiente seguíamos nuestro camino. Nos abrazamos entonces con el mayor interés, y me despedí de aquel anciano, con las lágrimas en los ojos, que estará eternamente grabado en mi memoria.

FIN.

6